

GRADOS EN JULIO

Durante este mes recibieron el diploma de doctor en jurisprudencia de nuestra Facultad los señores Marco Fidel Riveros, José Asunción Pachón y Domingo Arenas; cundinamarqueses los dos primeros y santandereano el último.

Presentaron como tesis trabajos de mucho interés práctico, que revelan la solidez de sus conocimientos en la ciencia jurídica. El señor Arenas fue inspector del colegio, cargo que mereció por su intachable conducta, y el señor Riveros ganó en concurso la merced de una colegiatura de número.

Reciban los nuevos doctores nuestras felicitaciones por la terminación de sus estudios, y sean hijos fieles del Colegio que los preparó para la lucha que comienzan.

CUENTO DE AMOR

Bastaba ver su pelo de oro mustio, su aire frágil y sus castos ojos azules, para comprender que el amor, al apoderarse de ella, tendría más de temblor de alma que de fuego de carne. Aun las palabras fútiles adquirirían, al pasar por sus labios, blandura de caricia; y hasta cuando hablaba de cosas cotidianas, parecía otorgar o pedir suavemente. La raza favorecía también su trasunto de Ofelia desterrada de algún parque romántico por la brutalidad de la vida. Al verla por primera vez, nadie pensaba que pudiera ser institutriz. Toda ella era candidez y espiritualidad. Unicamente en el cuerpo tenía ángulos.

—¿Cuidará usted bien de la niña, *fraulein*?

—Sí, señora.

—Que al romper a hablar aprenda los dos idiomas a la vez. No tiene los dos años aún.

—Sí, señora, sí. Es preciosa.

—Ha venido cuando ya casi no la esperábamos, y es la verdadera dueña de la casa. Si usted se da maña con ella, estará con nosotros mucho tiempo. ¿Tiene usted novio?

—Sí, señora. No es de aquí. Es un muchacho serio; un compatriota que conocí en Munich. Puede usted pedir informes.

Se le llenó el rostro de rubor al decirlo; mas al través de las pupilas semidesleídas en la blancura de los ojos, la señora vio tanta ingenuidad, que quedó tranquila. Su casa estaba presidida por el amor y no podía negarse a que la servidumbre disfrutara del único dón que la iguala a los poderosos. «Con tal de que cumpliera a conciencia sus obligaciones... Ni ella ni su marido eran tiranos.»

Y la alemana cumplía sus deberes con ese esmero automático de la raza que hace pensar a veces en algo inhumano e infalible. Jamás mostraba la niña en sus vestidos mancha ni arruga. Gracias a sus cuidados, la maternidad dejó de exigir a la señora el duro tributo de sacrificio de los primeros tiempos. Ya podía vivir casi como antes; ya no era preciso abandonar al esposo, ni pasar malas noches, ni contener sus caricias de enamorada temerosa de que pudiera interrumpirlas el llanto tierno y pertinaz, como si el fruto del amor se obstinase en no dejar florecer el árbol otra vez.

Poco a poco, normas de disciplina rigieron con severidad inflexible la vidita naciente. «Las niñas guapas

no se manchan las manos, ni se mueven sin ton ni són para que se le deshagan los rizos; las niñas guapas ni piden más dulces ni miran con ojos de gula las cosas buenas; las niñas guapas no preguntan dos veces seguidas; las niñas guapas...»

¡Qué difícil resultaba la vida para las pobres niñas guapas! Pero la madre sólo percibía las excelencias del método, y pensaba:

—En verdad que hemos hecho una adquisición venturosa.... Bien puede disculpársele lo del novio, máxime cuando el mocetón, de desgarrada traza, se apodera al punto de la simpatía con su tartamudeo y su aire de bobalicona honradez.

Muchas veces, al entrar o salir, los vieron paseándose frente a la verja del jardín, cogidos de las manos.

—Si éstos hubiesen ido a poblar el paraíso, no tendríamos pecado original--solía decir el marido.

Y la dama suspiraba mimosa, y al pasar bajo la enredadera, de donde caían frescos susurros, sentía locos renuevos de adolescencia:

—De seguro que nunca se habrán dado un beso así, ¿verdad?

El idilio de los alemanes llegó a constituir para la casa una diversión. Jamás dos enamorados vieron desarrollarse la complicada madeja del amor en tan dulce paz. Era un amor rubio. Las almas, enlazadas en el deliquio, iban incansables, día tras día, por el camino de las evocaciones. Hablaban de la patria, de su primer encuentro en una tarde llena de fragancia, de cerveza y de música de Wagner, en la clara Germania del Sur. Y las naderías, al ir del uno al otro, saturábanse de esencia de cariño por completo libre de la bullente escoria sensual. Viéndolos sonreírse con los ojos tan pálidos y las bocas tan castas, las baladas con

que ella dormía a la nena adquirían verosimilitud. Los rigores de la vida no empañaban el espejo poético en que contemplaban el mundo. En su escritorio él alinearía cifras y cifras, mientras en la casa ella atendía a sus menesteres sin retrasar ni atropellar uno; pero ni obligaciones ni guarismos lograrían impedir a las almas volar por encima de la ciudad para buscarse y decirse esas tonterías divinizadas que el mágico amor saca del fondo de las vidas más sórdidas. Bastaba que el uno pensase en el otro para que números y menesteres se dorasen con luz de madrigal.

—¡Ah, si tú me quisieras así!....—añoraba la señora al hablar de ellos.

—No tendríamos entonces al bebé—atajaba picaresco el marido.

Y cada vez que alguna criada desfallecía bajo las solitudes de su galán, o que el eco de alguna fechoría del amor pasaba por la casa, el ejemplo de aquel idilio elevábase a la categoría de lección.

—¿Cuánto tiempo llevan de relaciones, *fraulein*?

—Dos años, señora.

—¿Y siempre así, sin cansarse?

—¿Cansarnos?.... ¡Oh, no!

La dama reía al escuchar la convicción atónita; pero un dejo de envidia y respeto sedimentábase en su alma, que también habría anhelado el amor absoluto. ¡Ah, querer y ser querida de aquel modo!.... Aquella muchacha debía de tener el místico corazón de María tras de su pecho, un poco desnudo de gracias paganas. A los seis meses ejercía en la casa una especie de autoridad compatible con lo subalterno de su estado. Los criados buscaban su influencia, y los señores le hablaban siempre en tono de consulta. En cuanto referíase a la niña, no se atrevían a intervenir. ¡De seguro que

ellos no hubiesen podido educarla igual! Eran demasiado mimosos. . . . Daba gusto ver el cuarto tan limpio, con la cunita llena de encajes, cerca de la cama de la que iba a enseñarle, con las primeras nociones de la vida, la blancura y la constancia del amor. Ya podían salir no importa a qué hora, convencidos de que ningún cuidado iba a faltarle. Ahora la niña no era para ellos un deber, sino un premio.

Y de nuevo empezó el interrumpido júbilo de ir juntos a los espectáculos. Volvieron a ser como dos amantes, casi como dos novios. El coche que los llevaba por las tardes cruzábase a menudo con el cochecito donde se paseaba la nena. Llegó un célebre actor italiano y pudieron abonarse a todas las representaciones. Al regresar del teatro entraban a dar a la niña un beso de adiós. Los bracitos, llenos de hoyuelos, tendíanse hacia ellos; pero la voz nasal decía desde debajo del embozo: «Las niñas guapas duermen en su cuna sin querer salir»; y el gesto retozón se apagaba y la cabecita recostábase en la almohada con los párpados muy apretados.

Una noche, estando en el teatro, casi al principio de la función, la señora sintió súbito malestar, no del cuerpo, sino del espíritu. Tal vez la atrocidad del drama, representado con bárbaro esmero, afectase sus nervios, que siempre fueron enfermizamente sensibles. Removíase en la butaca y miraba al marido con ojos de súplica.

—¿Qué te pasa? Tranquilízate. . . . Si te impresionas mucho, piensa en otra cosa, y mira un rato a los palcos para distraerte.

—No, no es eso. ¡Es que tengo una angustia! . . . Que no hago más que pensar en la nena.

—¿En la nena? No seas tonta, mujer. Estará soñando con nosotros de fijo. . . . ¡Ea, cálmate!

—Por más que hago, no puedo. Es más fuerte que yo. Vámonos. ¿Quiéres?

—Pero ¿qué le va a ocurrir a la nena, boba? Sé razonable. Vaya, atiende a la función y verás.

Realizó un gran esfuerzo para obedecer y estuvo unos minutos inmóvil, sin que el drama revivido en la escena desalojara de su alma aquel sentimiento, a un tiempo vago e imperioso. Era como si desde lejos su hija la llamase, como si sus entrañas que se torcieron de dolor al traerla al mundo, volvieran a sufrir y tomaran voz para pedirle: «¡Ve. . . ; salta por todo y ve!»

De nuevo oprimió la mano del marido. Este comprendió y musitó en voz contrariada:

—En cuanto acabe el acto nos iremos. No vamos a salir ahora; bastante hemos llamado la atención ya con tanto moverte y cuchichear.

Sólo faltaba para concluir el acto una escena, y les pareció inacabable. En cuanto descendió el telón, salieron entre el crepitar de los aplausos y subieron al coche. Ya sin la traba del público, los nervios turbados se distendieron y la voz perdió toda continencia.

—¡Díle que corra! . . . ¡Díle que corra!

A medida que se acercaban, la impresión de ahogo se agravaba en vez de mermar, y el hombre se sintió contagiado también. Subieron por la escalera de servicio, situada a espaldas de la casa, para llegar antes, disputándose los peldaños. Si él era más fuerte, los pies femeninos eran más ágiles y tenían además las alas de la maternidad. La casa quieta, el ambiente tibio, el orden y el reposo de los muebles familiares, no lograron calmarlos; ningún paso extraño ni ningún trastorno percibíase; y, sin embargo, los espíritus no se recobraron. Cruzaron la alcoba, el gabinete y llegaron al cuarto de la niña. Ante la puerta detuviéronse de pronto cual

si reunieran fuerzas para entrar; y también allí fue ella más rápida. Sus ojos taladraron la penumbra y su grito lleno de alma y de espanto, rasgó el silencio:

—¡Mi hija! ¡Mi hija!

Sonó una blasfemia y luégo los dos quedaron mudos, paralizados y casi insensibilizados por la inmensidad del dolor. Balanceándose, trágico y grotesco, un espantajo echo con unos pantalones y una chaqueta rellenos de almohadas, colgaba de la lámpara; y sobre los hierros de la cuna los bracitos color de cera y la cabecita mustiada, donde el horror había transformado los ojitos de uva en algo monstruoso, yacían inertes. La boca, antes de amoratarse, debía de haber gritado muchas veces: «Mamá... mamá!»

Los criados y una crisis de nervios precursora de la locura, salvaron de la venganza maternal a la institutriz, que llegó atraída por los gritos. A las preguntas del juez, respondió cándidamente que, por estar la niña muy majadera y no bastar las amenazas de costumbre, se le ocurrió hacer el espantajo para poder bajar a hablar con su novio; «aunque la señora le daba permiso para verle todas las tardes, como aquellas noches eran de luna y estaba el jardín tan poético...»

A. HERNANDEZ CATÁ

